

**HOMILIA**

***en motiu del Bicentenari del naixement de la Gna. Teresa Toda, fundadora de les Germanes Carmelites Tereses de Sant Josep, Parròquia de Sant Mateu de Riudecanyes, 19 de setembre de 2026***

Molt apreciat Mn. Amador, Rector. Estimats Mn. Joan Anton, Vicari Episcopal de les persones. Benvolguda Gna. Isabel, delegada episcopal per a la Vida Consagrada. Benvolguda Gna. Dània, superiora general de les Germanes Carmelites Tereses de Sant Josep. Molt estimades religioses d'aquesta Congregació. Benvolguts membres laics de la Fraternitat Carmelitana. Benvolgut Sr. Alcalde, regidors i regidores. Consell de la Parròquia. Benvolguts tots.

Hoy nos hemos reunido en esta parroquia de Sant Mateu de Riudecanyes —i en el marc de la seva festa Major de sant Mateu— para dar gracias a Dios. Damos gracias por el bicentenario del nacimiento de una mujer que supo escuchar la llamada del Señor y dejar que su vida fuera transformada por el Evangelio: La Hna. Teresa Toda nació el 19 de agosto de 1826, aquí, en la parroquia de sant Mateu de Riudecanyes. Después de contraer matrimonio con Antoni Guasch, del que tuvo una hija, Teresa, sufrió violencia de género, puesto que el marido se convirtió en un peligro para la vida de madre e hija. En estas circunstancias, el 5 de agosto de 1848 el tribunal eclesiástico de Tarragona declaró a Teresa libre de todo vínculo matrimonial. Confiando únicamente en Dios, se dedicó a la educación de su hija y comenzó a interesarse por las niñas necesitadas que encontraba en su camino. Entonces se trasladó con su hija a Barcelona, donde formó una pequeña comunidad de mujeres dedicadas a la educación gratuita de niñas pobres y huérfanas. Así las cosas, junto con su hija, Teresa Guasch, el 22 de febrero de 1878 fundó la Congregación de las Hermanas Carmelitas Teresas de San José, centrada en la acogida i educación de niñas en situación de vulnerabilidad. Ejerció su servicio con prudencia y ejemplo de virtudes hasta su muerte, en Barcelona, el 30 de julio de 1898. Fue declarada Venerable por el papa Francisco el 3 de junio de 2013.

Dos siglos después de su nacimiento, la memoria de esta mujer de Dios no es simplemente un recuerdo del pasado. La santidad verdadera nunca pertenece solamente al ayer. Los santos y las personas que han vivido profundamente el Evangelio continúan hablándonos, porque nos remiten a Aquel que es el mismo ayer, hoy y siempre: Jesucristo.

Y las lecturas que acabamos de escuchar parecen iluminar de un modo singular la vida y la obra de la Hna. Teresa Toda.

San Pablo nos ha dirigido unas palabras de extraordinaria profundidad: «Tened entre vosotros los mismos sentimientos de Cristo Jesús». Y, a continuación, nos muestra el gran misterio de Cristo: siendo de condición divina, no retuvo celosamente su igualdad con Dios, sino que se despojó de sí mismo, tomando la condición de esclavo y haciéndose obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz.

Aquí se encuentra el corazón de toda vida cristiana y de toda vocación religiosa: tener los sentimientos de Cristo. Pensar como Cristo, amar como Cristo, servir como Cristo, entregarse como Cristo.

La grandeza de la Hna. Teresa Toda no consiste, en primer lugar, en lo que hizo, por admirable y fecunda que haya sido su obra. La raíz de su grandeza está en que quiso pertenecer a Cristo. Comprendió que la vida encuentra su plenitud no cuando uno se busca a sí mismo, sino cuando, siguiendo al Señor, se convierte en don.

Toda fundación auténticamente evangélica nace de este misterio del anonadamiento de Cristo. No se funda una obra cristiana para engrandecer un nombre, para conquistar prestigio o para asegurar una posición. Se funda porque se ha descubierto una necesidad, porque se ha contemplado el sufrimiento de los demás y porque el amor de Cristo ya no permite permanecer indiferente.

Cuántas veces, a lo largo de la historia, Dios ha suscitado en la Iglesia mujeres y hombres capaces de ver lo que otros no veían. Allí donde muchos veían solamente un problema, ellos descubrieron un rostro. Allí donde otros veían una situación inevitable, ellos reconocieron una llamada. Allí donde había abandono, pobreza, soledad o necesidad, ellos escucharon la voz de Cristo que decía: «Lo que hicisteis con uno de estos mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis». Y esto, podemos decir que es de una gran y «rabiosa» actualidad.

Este fue también el camino de la fundadora y el camino que, durante tantos años, han recorrido las Hermanas Carmelitas Teresas de San José.

Hoy queremos expresar, desde esta Eucaristía, nuestro reconocimiento profundo y nuestra gratitud. Gratitud por la presencia de las hermanas en esta Congregación. Gratitud por tantos años de trabajo silencioso. Gratitud por tantas vidas acompañadas, por tantas personas acogidas, por tantos gestos que quizá nadie recogió en una crónica, pero que permanecen escritos en el corazón de Dios.

La Iglesia vive de muchas grandes obras, pero también —y quizá sobre todo— de una multitud inmensa de gestos humildes: una palabra de consuelo, una mano tendida, una oración hecha en silencio, una persona acompañada en un momento

difícil, un niño educado, un anciano escuchado, una familia sostenida, una herida curada con paciencia y misericordia.

Esta es la fecundidad escondida del Evangelio.

El salmo que hemos proclamado nos ha hecho rezar: «Guarda mi alma en la paz, junto a ti, Señor». Es un salmo de humildad, de confianza y de abandono. «No pretendo grandezas que superan mi capacidad», dice el salmista. Y compara el alma con un niño en brazos de su madre.

¡Qué imagen tan profundamente cristiana! La santidad no consiste en sentirse superior a los demás. La santidad comienza cuando uno aprende a ser pequeño delante de Dios. Cuando descubre que no puede salvarse a sí mismo. Cuando comprende que todo es gracia. Cuando se abandona, con confianza filial, en las manos del Señor.

El camino del Carmelo nos habla precisamente de esta interioridad, de este encuentro con Dios en lo profundo del corazón. Pero la verdadera contemplación nunca nos aleja de los hermanos. Al contrario: cuanto más profundamente encontramos a Dios, más capaces somos de descubrir su rostro en quienes nos necesitan.

Por eso, la espiritualidad del Carmelo y el servicio a los demás no son dos caminos separados. Son un único camino. Quien contempla a Dios aprende a reconocerlo en el hermano. Quien se deja amar por Dios aprende a amar. Quien se sabe perdonado aprende a perdonar. Quien ha experimentado la misericordia no puede cerrar su corazón ante la fragilidad de los demás.

En el Evangelio, Jesús nos ha dicho unas palabras que hoy adquieren una especial resonancia: «Yo soy el camino, y la verdad, y la vida».

Cristo no nos ofrece simplemente un camino: Él mismo es el Camino. No nos transmite solamente una verdad: Él mismo es la Verdad. No nos concede únicamente una vida mejor: Él mismo es la Vida.

Toda vocación cristiana consiste, en definitiva, en seguir a Cristo. Y toda institución religiosa conserva su juventud y su fecundidad mientras mantiene los ojos fijos en Él.

Hoy, al recordar a la Gna. Teresa Toda, no debemos quedarnos solamente contemplando su figura. Ella misma nos señalaría a Cristo. Como tantos fundadores y fundadoras en la historia de la Iglesia, su vida tiene sentido porque se convirtió en una transparencia, aunque fuera humilde y limitada, del rostro de Jesús.

Y esta es también una pregunta para todos nosotros.

¿Qué queda hoy de la herencia de aquellos que nos han precedido? ¿Cómo podemos ser fieles a su memoria?

La respuesta no consiste únicamente en conservar unas instituciones, unos edificios o unas tradiciones. Todo ello puede ser importante, pero lo decisivo es conservar vivo el espíritu que dio origen a aquella obra.

La mejor manera de honrar a una fundadora es continuar viviendo el Evangelio que ella quiso encarnar.

Por eso, esta celebración del bicentenario no es solamente una mirada agradecida hacia el pasado. Es también una llamada hacia el futuro.

Hoy el mundo sigue necesitando personas capaces de servir sin buscar protagonismo. Sigue necesitando comunidades que sepan acoger. Sigue necesitando hombres y mujeres que no tengan miedo de acercarse a quienes sufren. Sigue necesitando educadores, consagrados, sacerdotes y laicos que vivan no para sí mismos, sino para los demás.

Quizá hoy cambian las formas de pobreza y de necesidad. Pero el corazón humano continúa teniendo hambre de amor, de sentido, de esperanza y de Dios. Y allí donde existe un corazón herido, allí continúa resonando la llamada de Cristo.

Las Hermanas Carmelitas Teresas de San José han sido, durante tantos años, una presencia evangélica entre nosotros. Su labor ha sido una predicación hecha con obras. Y hoy queremos pedir al Señor que la semilla sembrada por la fundadora continúe dando fruto.

Pero esta responsabilidad no pertenece solamente a las hermanas. Pertenece a toda la comunidad cristiana.

La Iglesia no puede delegar la caridad únicamente en los religiosos y religiosas. Todos los bautizados estamos llamados a tener «los mismos sentimientos de Cristo Jesús». Todos somos responsables de hacer visible el Evangelio. Todos estamos llamados a convertir nuestra fe en servicio.

Tal vez esta sea una de las gracias que podemos pedir hoy: que la vida y el testimonio de la Gna. Teresa Toda despierten también en nosotros una nueva disponibilidad para Dios.

Que los jóvenes se pregunten qué quiere el Señor de ellos.

Que las familias descubran de nuevo la belleza de una vida entregada.

Que quienes viven la consagración religiosa renueven la alegría de su primera llamada.

Que los laicos descubran que su lugar en el mundo es también una verdadera misión.

Y que todos nosotros aprendamos a vivir con un corazón más humilde, más disponible y más fraterno.

Jesús ha dicho: «Quien me ha visto a mí ha visto al Padre». Esta es la gran misión de la Iglesia: hacer visible el rostro de Cristo, para que, a través de nuestra vida, los hombres y mujeres de nuestro tiempo puedan descubrir el amor del Padre.

Que la Gna. Teresa Toda y todas las hermanas que, siguiendo su carisma, han entregado su vida al Señor y al servicio de los hermanos, nos ayuden a caminar por esta senda.

Demos gracias hoy por la historia recibida. Demos gracias por tantas hermanas que han pasado por esta comunidad y han dejado aquí una huella de fe y de amor. Pidamos perdón por las veces en que no hemos sabido reconocer suficientemente el valor de una vida entregada. Y pidamos, sobre todo, la gracia de continuar caminando.

Que María, Madre del Carmelo y Madre de la Iglesia, nos enseñe a guardar la Palabra en el corazón y a ponernos siempre al servicio del Señor.

Y que, como la Hna. Teresa Toda, aprendamos a hacer de nuestra vida una respuesta generosa a Dios y un servicio humilde a los hermanos.

Amén.